

Los aforismos de Freud

No hay por supuesto ninguna necesidad de un significante para ser padre, como tampoco para estar muerto, pero sin significantes, nadie, de uno y de otro de esos estados del ser, sabrá nunca nada.

Jacques Lacan, 1956

En las primeras líneas Sigmund Freud dice que presentará algunas “indicaciones aforísticas”. ¿Cómo no recordar los populares *Aforismos* de Hipócrates, cuyo nombre es invocado en vano en juramentos destinados a olvidarse en la urgencia exigida por una competencia profesional creciente? El aforismo apela a la claridad, la precisión y la concisión. Nada de esto le falta al trabajo que presentamos,

como tampoco falta el ingenio y la función didáctica.

A casi cien años de su publicación en 1909 este *historial* —como lo llama— deja en *statu quo ante* lo que se ha escrito sobre neurosis obsesiva (si exceptuamos la elaboración del tema por Lacan).

Este historial ha sido un *ejemplo* para varias generaciones de analistas que escribieron notas a pie de página sobre lo que propone, sin que muchas de ellas aportaran algo más que el extravío. Por eso, *El hombre de las ratas* fue un síntoma en el museo creado por la inhibición de los analistas hasta que Jacques Lacan lo instaló de nuevo en el lugar clave que le corresponde.

Así las cosas, una nueva traducción no invita a pasar por Viena, ni a seguir el recorrido del desdichado héroe en su laberinto, sino a descubrir lo que tiene de actual esta antigua historia (sólo los Estados Unidos están en un *revival* permanente porque creen que la historia avanza por décadas y en línea recta).

Freud advierte de entrada que no hace falta vulnerar la discreción con detalles de la vida cotidiana, cuando se trata de exponer fantasías en las que sólo el analizante podría reconocerse. Alguien puede contar sus síntomas, pero no las fantasías que los producen, porque la mayoría de las veces las ignora y otras las

calla por vergüenza. En el caso de la obsesión esta segunda posibilidad es la que predomina; lo que diferencia a esta neurosis de la histeria con sus olvidos, que producen en su relato saltos y ausencia de conexiones lógicas. A la inversa, en la obsesión se pone en marcha un discurso basado en el “Si... entonces”, donde una lógica conduce al absurdo mediante la *elipsis*, en una cadena de silogismos que llevan al *delirio* (es la palabra que Freud usa). Un hombre joven, de formación académica, teme que le pase algo a su padre y a su amada si tiene ciertos deseos... pero el padre está muerto... aun así puede pasarle algo en el más allá. Es lo que Freud llama un razonamiento delirante que interpela lo que sabemos sobre la fenomenología del pensamiento obsesivo.

El célebre aforismo que dice que la obsesión es un dialecto de la histeria no facilita, como se podría esperar, su resolución: es la *separación* entre lo que se dice y el afecto (que falta, que está desplazado) el obstáculo que impide al analizante reconocer el deseo que circula entre sus palabras.

En lugar de ese deseo aparece la anulación de la conexión y la sustitución de la continuidad por la elipsis.

Podrá leerse de qué manera, en diferentes momentos, Freud intenta demostrar la lógica del delirio para hacer aparecer lo que elude

del deseo: “La técnica deformante de la elipsis parece ser típica de la neurosis obsesiva; me he encontrado con ella también en los pensamientos obsesivos de otros pacientes”.

Aunque ilustrado, nuestro hombre es supersticioso y sólo se diferencia de un inculto por su escisión (Spaltung): *aunque sabe que no es así, no puede dejar de creer*. La falta de cultura le evitaría esta contradicción entre saber/creer (si es que existe), pero la educación no puede con el deseo: “Como interesante raíz infantil de su creencia en el cumplimiento de presentimientos y de presagios surgió una vez el recuerdo de que su madre, muy a menudo, cuando tenía que elegir una fecha decía: ‘En este o este otro día no puedo, pues tendré que guardar cama’. Y, realmente, ella estaba en cama, siempre en el día enunciado”. Así como por boca de la madre de San Agustín hablaba Dios, por la madre del analizante el porvenir ya estaba en su palabra presente en que profetizaba.

Se acostumbró a vivir en la *eternidad* y se aficionó a temas en los que su interlocutor no podía afirmarse con alguna certeza: la vida después de la muerte, la fidelidad de la memoria, la duración de la vida. Y, por supuesto, la muerte omnipresente que aparece como premisa o consecuencia de sus cavilaciones.

El lazo con la muerte

“Si yo tengo el deseo de ver desnuda a una mujer, mi padre debe morir.” Este nudo entre una mujer, la muerte y el padre, es el que Freud intentará desatar. ¿Logra hacerlo? Freud cree que sí, Lacan supone que no. A partir de aquí podría realizarse un debate que mostraría el estado actual de la obsesión reducida a una caricatura en la nomenclatura TOC (trastornos obsesivos-compulsivos). La palabra “trastorno” borra la complejidad del síntoma, la palabra “obsesivo” se hace sinónimo de pensamiento y “compulsivo” de comportamiento: esto cabe en los límites de las TOC (terapias cognitivas-comportamentales). ¿Qué respuesta puede dar a la pregunta del sujeto semejante solución? Ninguna, más allá de intentar corregir sus compulsiones (conductas) y silenciar sus obsesiones (cogniciones delirantes). Recordar este tema no es ceder a una digresión sin consecuencias, sino llamar la atención sobre las sutilezas clínicas de los aforismos de Freud.

“Con la muerte —escribe Freud— tenía nuestro paciente una relación completamente peculiar. Mantenía una cálida compasión en todas las defunciones, participaba piadosamente en los funerales, hasta el punto que podía ser llamado burlescamente por sus hermanos pájaro fúnebre, pero también en su fantasía continua-

mente mataba gente para expresar cordial simpatía para con los parientes del difunto. La muerte de una hermana mayor cuando él tenía tres o cuatro años de edad, desempeñó un gran papel en sus fantasías y entrañaba una íntima relación con las fechorías infantiles de aquellos años. No es sino una compensación de estos deseos de muerte contra el padre la insólita extensión de sus temores obsesivos respecto del más allá.”

Freud, se lee en la cita anterior, anuda muerte y padres sin “abrir” el término muerte como tal, aunque lo hace en otro momento para conectarlo con la vida pulsional (odio/amor).

Por ejemplo, generaliza sobre la muerte en la neurosis –después de aclarar que no depende de una experiencia, como la muerte de la hermana en este caso– y la relaciona con el amor: “Así en cada conflicto vital esperan con impaciencia la muerte de una persona significativa para ellos, la mayoría de las veces una persona amada; sea uno de sus padres, sea un rival o uno de los objetos de amor entre los que oscila su inclinación”.

Aunque el analizante “enfermó” cuando se planteó casarse con otra mujer, en vez de con su amada, Freud insiste en que se trata del padre: “La oscilación entre la amada y la otra se deja reducir (*sic*) al conflicto entre el influjo del padre y el amor a la dama, por consiguien-

te a una elección conflictiva entre el padre y el objeto sexual, como ya había existido según los recuerdos y ocurrencias obsesivas en su temprana infancia”.

Instalado en este dilema (“O bien... o bien...”) el sujeto deja pasar el tiempo, profiriendo un discurso que –según su talento– puede continuar como en Hamlet (hasta que la muerte los separe). Con la muerte la deuda, otro tema que lo atormenta, queda saldada.

Infancia-Adolescencia

Freud advierte que el obsesivo conoce sus problemas, pero no se reconoce en ellos. Por lo tanto, se trata al menos de hacerles saber algo que de confrontarlo con lo que dice. De lo contrario la experiencia conduce a un *impasse*: ¿Lo sé, pero para qué me sirve? Es por eso que analizar no es colaborar con la invención de una épica, sino lograr que aparezca el deseo en esa fractura (silencio, vacilaciones, perplejidades) donde también la angustia puede hacerse presente.

En este caso la curiosidad sexual de la infancia se satisfacía en el deseo ardiente de ver mujeres desnudas. A los seis años se dirigió a su madre para lamentarse del dolor que le causaban sus erecciones, producidas por sus fan-

tasfas. No hay aquí un deseo “genital”, el erotismo infantil en este caso se satisface en el placer de ver.

¿Qué decir de la vulgata atribuida a Freud de que el niño quiere “acostarse” con la madre? Se trata de que el coito no figura en el programa del niño, aunque lo sepa por la educación (el niño oficial repite la lección y hasta puede actuarla, pero el niño clandestino sigue en la suya).

El lector encontrará una nota contundente: “Si uno no quiere equivocarse en la evaluación de la realidad, debe sobre todo recordar que los ‘recuerdos de infancia’ de los hombres sólo son fijados en una edad ulterior (generalmente en la época de la pubertad) y son sometidos a un complicado proceso de reconstrucción, [...]. Se puede reconocer claramente que el hombre adolescente en estas formaciones de las fantasías sobre la primera infancia *intenta borrar el recuerdo de sus actividades autoeróticas*, mientras que eleva su huella mnémica al estadio del amor de objeto...”.

La profusión de seducciones y atentados en estas fantasías suelen motivarse en caricias y castigos: “Además uno se apercibe –prosigue Freud– de que quien fantasea acerca de su infancia, sexualiza sus recuerdos, es decir, pone en relación vivencias banales con su actividad sexual...”.

Si en la histeria se alega inocencia (fue el otro quien empezó), en la obsesión el deseo se muda con la culpa y el temor; en este caso la culpa no es ajena a unas fantasías de crueldad **que** horrorizan y producen un placer desconocido, como lo muestran las complejas conexiones relacionadas con el “tormento de las ratas”

¿Cómo convertir estas “poetizaciones” donde el sufrimiento es un goce que no se conoce, la culpa una defensa de la angustia ante la muerte y el futuro el espejo de un pasado que se impone en las acciones y en los pensamientos?

La mésalliance

Mésalliance, casamiento desigual, es el nombre usado por Freud para designar ese predominio del significante (hay varios ejemplos en el historial, entre ellos el célebre *Dick*) que se ordena en un delirio “lógico”, así como esa presencia de la fantasía que en vez de funcionar como marco de la realidad la sustituye. En sus intervenciones Freud muestra sus diferentes tácticas: confronta, deja pasar, descifra, puntualiza, no responde a ciertos ataques transferenciales, etc. ¿Para qué hace esto?

Más allá de los *temas* de la obsesión (permiso, hazaña, muerte, deuda) y de su lógica deli-

rante que se vale del “o bien... o bien”, del “Sí... entonces”, de la elipsis, la *anulación* se instala en silencio. Lo que se anula entre una palabra y otra vale para lo que se anula entre un sesión y otra, mediante el relato de hechos anodinos y el recurso al “pensamiento”.

La neurosis obsesiva piensa (también la histeria, por supuesto) con una forma refinada de actividad autoerótica (sin tocar nada inquietante). ¿Cómo ser neutral sin ser neutralizado?

Son pocos los analistas que se lo plantean, ya que el dispositivo parece hecho a medida para el juego del no me toques.

No reducir el encuentro a la repetición, introducir alguna diferencia para despertar de esa fascinación por la muerte que anula la vida: esa es la cuestión que pide respuesta.

Al revés de lo que dicen sus contrincantes, que al copiarse unos a otros se repiten y se anulan, Freud revisa frente a cada analizante sus propuestas anteriores (basta leer los casos publicados). Aquí, después de citar su definición de neurosis obsesiva de 1896 dice “[...] hasta ahora no ha podido ser apreciada adecuadamente ni siquiera la fenomenología del pensamiento obsesivo”.

El hombre de las ratas se desnuda frente al espejo y abre la puerta para que entre el espíritu de su padre muerto, a la vez que algo le

advierte: “Si pone en práctica otra vez ese **sin-sentido** le ocurrirá algo malo al padre en el más **allá**”. Este “pensamiento” es un delirio que se **impone** como *samen* cuando quiere decir *amen*, como *abér* en lugar de *áber* (hay que **recordarlo** al leer ese magnífico historial), a **partir** de ese *Ratten* que sustituye a su nombre **propio**.

GERMÁN GARCÍA
Buenos Aires, junio de 2008